

# Supongamos que un hombre pudiese ir al cielo sin santidad...

**S**UPONGAMOS por un momento que se le permitiera entrar al cielo sin santidad. ¿Qué haría? ¿De qué podría disfrutar allí? ¿A cuáles de todos los santos se acercaría y al lado de quién se sentaría? Sus placeres no son los placeres de usted, ni sus gustos los gustos de usted, ni su carácter el carácter de usted. ¿Cómo podría ser feliz, si no fue santo en la tierra?

Quizás prefiere *ahora* la compañía de los superficiales y los indiferentes, los mundanos y los avaros, los parranderos y los que van tras los placeres, los impíos y los profanos. No habrá ninguno de ellos en el cielo.

Quizás cree *ahora* que los santos de Dios son demasiado estrictos, exigentes y serios. Prefiere evitarlos. No disfruta de su compañía. No habrá ninguna otra compañía en el cielo.

Quizás piense *ahora* que orar, leer la Biblia y cantar himnos es aburrido, triste y tonto, algo para ser tolerado de vez en cuando, pero no disfrutado. Considera al Día del Señor como una carga y cosa pesada; no podría pasar más que una porción pequeña del día adorando a Dios. Pero recuerde, el cielo es un Día del Señor sin fin. Los que allí viven no descansan de decir día y noche: “Santo, santo, santo, Señor Omnipotente” y de cantar alabanzas al Cordero. ¿Cómo podría, alguien que no es santo disfrutar de ocupaciones como éstas?

¿Cree usted que a alguien así le encantaría conocer a David, a Pablo y a Juan después de haber pasado toda una vida haciendo las cosas de las cuales ellos hablaban en contra? ¿Disfrutaría de dulces conversaciones con ellos, comprobando que tiene con ellos mucho en común? Sobre todo, ¿piensa usted que se regocijaría de conocer cara a cara a Jesús, el Crucificado, después de aferrarse a los pecados por los que él murió? Se pondría de pie ante él con confianza y se sumaría a la exclamación: “Éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Is. 25:9). ¿No le parece que la lengua del hombre impío se le pegaría al paladar de pura vergüenza y que su único deseo sería que lo echaran de allí? Se sentiría como un extraño en una tierra desconocida, una oveja negra en medio del rebaño santo de Cristo. La voz de querubines y serafines, el canto de ángeles y arcángeles, y toda la compañía del cielo, sería un lenguaje que no podría comprender. El aire mismo del entorno le parecería tan diferente que no lo podría respirar.

No sé qué opinarán los demás, pero a mí me resulta claro que el cielo sería un lugar muy desagradable para el que no es santo. Imposible que sea de otra manera. La gente puede decir, de un modo muy incierto, que “espera ir al cielo”, pero no piensa en lo que dice. Tiene que haber cierta capacitación “...para participar de la herencia de los santos en luz” (Col. 1:12). Nuestros corazones tienen que armonizar con lo que es el cielo. Para alcanzar el refrigerio de

gloria, tenemos que pasar por la escuela de la gracia que nos prepara para ello. Tenemos que tener pensamientos celestiales, gustos celestiales en la vida ahora, de lo contrario, nunca nos encontraremos en el cielo en la vida venidera.

Ahora quiero dar algunas palabras a manera de aplicación.

Para empezar, quiero preguntarles a cada uno que lee este tratado: *¿Es usted santo?* Escuche, le ruego, la pregunta que ahora le hago. ¿Sabe usted algo de la santidad de la que he estado hablando?

No le pregunto si asiste a su iglesia regularmente, si ha sido bautizado y participado de la Cena del Señor, ni si se denomina cristiano. Le pregunto algo que es mucho más que esto: *¿Es usted santo o no lo es?*

No le pregunto si aprueba usted de la santidad en otros, si le gusta leer acerca de la vida de personas santas, hablar de cosas santas, si tiene libros santos sobre la mesa ni tampoco si piensa ser santo y espera serlo algún día. Lo que le pregunto es más: *¿Es usted santo hoy mismo o no lo es?*

¿Y por qué lo pregunto tan directamente e insisto tanto? Lo hago porque la Biblia dice: “Seguid la paz... y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. Está escrito, no es una invención mía, no es mi opinión personal; es la Palabra de Dios: “Seguid la paz... y la santidad, *sin la cual nadie verá al Señor*” (He. 12:14).

¡Ay, qué palabras tan escrutadoras e inquietantes son éstas! ¡Qué pensamientos cruzan por mi mente mientras las escribo! Observo el mundo y veo a la mayor parte de sus habitantes en la impiedad. Observo a los que profesan ser cristianos y veo que la gran mayoría no tiene nada de cristiana aparte del nombre. Me vuelvo a la Biblia y oigo decir al Espíritu: “Seguid la paz... y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.

Es un texto que debiera obligarnos a considerar nuestros caminos y escudriñar nuestros corazones. Realmente debiera generar en nosotros pensamientos muy serios e impulsarnos a orar.

Puede usted tratar de callarme diciendo: “Siento mucho más y pienso mucho más acerca de estas cosas, sí, mucho más de lo que muchos suponen”. Contesto yo: “Ésta no es la cuestión. Las pobres almas perdidas en el infierno también lo hacen”. La pregunta importante no es lo que usted *piensa*, ni lo que *siente*, sino lo que *hace*.

Usted puede decir: “Nunca hubo la intención de que todos los cristianos fueran santos. La santidad, como usted la ha descrito, es sólo para los grandes santos y las personas que tienen dones especiales”. Contesto yo: “No veo eso en las Escrituras. Leo que *cada uno* que tiene esperanza en Cristo ‘se purifica a sí mismo’” (1 Jn. 3:3). “Sin santidad *nadie* verá al Señor”.

Usted puede decir: “Es imposible ser santo y, a la misma vez, cumplir con nuestras obligaciones diarias; es imposible”. Contesto yo: “Usted está equivocado. Sí se *puede*. Con

Cristo de nuestro lado nada es imposible. Muchos lo han *hecho*. David, Abdías, Daniel y los siervos de la casa de Nerón, son ejemplos de que sí es posible”.

Usted puede decir: “Si yo fuera santo sería diferente de otra gente”. Contesto yo: “Lo sé. Es justamente lo que usted debiera ser. Los siervos auténticos de Cristo siempre son diferentes del mundo que los rodea —una nación distinta, un pueblo singular— ¡y usted debe serlo también si ha de ser salvo!”.

Usted puede decir: “En este caso, serán muy pocos los que habrán de ser salvos”. Contesto yo: “Lo sé. Es precisamente lo que Cristo nos dice en el Sermón del Monte”. El Señor Jesús así lo dijo hace 1.900 años. “Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.” (Mt. 7:14). Pocos serán salvos porque pocos se tomarán el trabajo de buscar la salvación. Los hombres no quieren negarse los placeres del pecado y de su propia voluntad por un poquito de tiempo. Le dan la espalda a la vida: “No queréis venir a mí para que tengáis vida, dijo Jesús” (Jn. 5:40).

Usted puede decir: “El hecho de que el camino es muy angosto es algo difícil de aceptar”. Contesto yo: “Lo sé”. Es lo que dice el Sermón del Monte. Es lo que dijo el Señor Jesús hace 1.900 años. Siempre decía que los hombres tenían que tomar su cruz diariamente y que debían estar listos para amputarse una mano o un pie, si querían ser sus discípulos. En la fe cristiana sucede lo mismo que en otras cosas: “Sin dolor no hay ganancias”. Lo que nada cuesta, nada vale.

—*J. C. Ryle (1816-1900)*

© Copyright 2015 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página. A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

**CHAPEL LIBRARY**  
**2603 West Wright Street**  
**Pensacola, Florida 32505 USA**  
*chapel@mountzion.org • [www.ChapelLibrary.org](http://www.ChapelLibrary.org)*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: [www.ChapelLibrary.org/spanish](http://www.ChapelLibrary.org/spanish)